

BIBLIOTECA POPULAR ECONÓMICA

---

POETAS

AMERICANOS

---

VERACRUZ — PUEBLA

LIBRERÍA "LA ILUSTRACION"

—  
1882

ANDRÉS BELLO.

A LA NAVE.

ODA IMITADA DE LA DE HORACIO.

*O navis, referent, etc.*

¿Qué nuevas esperanzas  
Al mar te llevan? Torna,  
Torna, atrevida nave,  
A la nativa costa.  
Aún ves de la pasada  
Tormenta mil memorias  
¿Y á correr la fortuna  
Segunda vez te arrojas?  
Sembrada está de sirtes  
Alevés tu derrota,  
Do tarde los peligros  
Avisará la sonda.  
¡Ah! vuelve, que aún es tiempo,  
Mientras el mar las conchas

De la ribera halaga  
Con apacibles olas,  
Presto erizando cerros  
Vendrá á batir las rocas,  
Y náufragas reliquias  
Hará á Neptuno alfombra.  
De flámulas de seda  
La presumida pompa  
No arredra los insultos  
De tempestad sonora.  
¿Qué valen contra el Euro,  
Tirano de las ondas,  
Las barras y leones  
De tu dorada popa?  
¿Qué tu nombre, famoso  
En reinos de la aurora,  
Y donde al sol recibe  
Su cristalina alcoba?  
Ayer por estas aguas,  
Segura de sí propia,  
Desafiaba al viento  
Otra arrogante proa;  
Y va, padron infausto  
Que al navegante asombra,  
En un desnudo escollo  
Está cubierta de ovas.  
¿Qué! ¿no oyes? ¿el rumbo  
No tuerces? ¿orgullosa  
Descojes nuevas velas,  
Y sin pavor te engolfas?  
¿No yes, ¡oh malhadada!

Que ya el cielo se entolda.  
Y las nubes bramando  
Relámpagos abortan?  
¿No ves la espuma cana,  
Que hinchada se alborota,  
Ni el vendaval te asusta,  
Que silva en las maromas?  
Vuelve, ohjeto querido  
De my inquietud ansiosa;  
Vuelve á la amiga playa  
Antes que el sol se esconda.

#### A LA VICTORIA DE BAILEN.

Rompe el leon soberbio la cadena  
Con que atarle pensó la felonía,  
Y sacude con noble bizarría  
Sobre el robusto cuello la melena.  
La espuma del furor sus labios llena  
Y á los rugidos que indignado envía  
El tigre tiembla en la caverna umbría,  
Y todo el bosque atónito resuena.  
El leon despertó; temblad, traidores;  
Lo que vejez creisteis, fué descanso;  
Las juveniles fuerzas guarda enteras,  
Perseguid, alevosos cazadores,

A la tímida liebre, al ciervo manso;  
No insulteis al monarca de las fieras.

—  
JOSÉ ANTONIO MAITIN

—  
AL AVILA

¡Oh coloso, en cuya cima  
Se encienden las tempestades  
Y á cuyos piés las ciudades  
Cual una mancha se ven,  
Cómo sorprenden mis ojos  
Tus peñascos imponentes,  
Tus cumbres y esos torrentes  
Que se estrellan á tus piés!

¡Oh! parece que se arrastra  
Esa ciudad por el suelo,  
Mientras que sube hasta el cielo  
Ese monte colosal,  
Esa rama de los Andes,  
Que se levanta orgullosa;  
Esa mole poderosa,  
Que ante mis ojos está.

El templo altivo y suntuoso,  
El palacio artesonado  
Son juguetes, á tu lado,  
Estupenda creacion;

Ni es extraño, que á tu visita  
Su pequeñez no me asombre:  
Aquella es la obra del hombre  
Y tú eres la obra de un Dios.

Cuando te miro tan grande,  
Tan estupendo y sublime,  
Débilmente el labio esprima  
Su profunda admiracion;  
Y un fin no temo, que debe,  
Segun mis luces escasas,  
Incorporarme á esas masas,  
Maravillas del Criador.

—  
A LA CIUDAD.

Ciudad, desde esta eminencia  
De la tarde al sol rojizo,  
Esas cúpulas diviso,  
Con que coronas tu sien,  
Y tus blancos edificios,  
Tu catedral con su torre  
Y el Guaire veloz, que corre  
Entre calles de ciprés.

¡Las cinco!... Cuando resuene  
Esta hora otra vez mañana,  
Los ecos de esa campana  
Escuchar no podré yo,

Ni admirar desde esta altura  
El sol, que baja á Occidente  
Por ese rastro esplendente  
De grana y de tornasol:

Que otra fila de peñascos  
Y otras cumbres y otro monte  
Del apartado horizonte  
Los confines cerrarán;  
Y cuando ansiosos te busquen  
En la llanura mis ojos,  
¡Oh ciudad! troncos, abrojos  
Y desiertos hallarán.

¡Ciudad! desde aquí descubre  
Tu catedral con su torre  
Y el Guaire veloz que corre  
Entre calles de ciprés:  
Tal vez en esta eminencia  
Hago mi último paseo;  
Tal vez, ciudad, yo te veo  
Por la postrimera vez.

ABIGAIL LOZANO.

---

NAPOLEON.

Después de Santaná, ni hom-  
bre, ni ángel, ni demonio han  
caído de tan alto.

BYRON.

I.

¡Aguila del Desierto, cuyo nido  
Mecióse entre las roncadas tempestades!  
Flamigero cometa, suspendido  
Sobre el cielo sin fin de las edades!  
Tú que en las mismas aguas del olvido  
Has lanzado tus régias claridades,  
Dios caído del trono de los dioses,  
¿Quién recibió tus últimos adioses?

II.

No en verdad las pirámides que oyeron  
Tus pasos de Titan y retemblaron;  
Ni el Nilo cuyas Náyades te vieron  
Y asombradas tu nombre murmuraron;

No las grandes ciudades que encendieron  
 Sus torres y en las noches te alumbraron.  
 ¿Quién fué?... ¡Silencio!... Trémula mi boca  
 Nombra apénas el mar... nombra una roca.

III.

La tierra y el Océano orbe estrecho  
 Eran para tu anhelo de gigante;  
 De tu imperial vivienda régio techo  
 El firmamento colosal, flotante;  
 Diadema tuya el sol... tu postrer lecho...

, . . . . .  
 El Ponto le dirá con voz tronante...  
 Tú lápida... ¿Es verdad, Titan del Se  
 El peñasco fatal de Santa Helena...

IV.

Y así como retiembla la montaña  
 Al desprenderse el roble corpulento,  
 Se estremeció el palacio y la cabaña,  
 Cuando caíste mudo y sin aliento :  
 El mar que ese peñon siniestro baña,  
 Tronó, dicen, con tétrico lamento,  
 Y que nube de horror, nadando en nieblas,  
 Derramó en Waterlóo densas tinieblas.

V.

El alma de tu cuerpo desprendida

Surcó el éter con vuelo majestuoso,  
 Y por tus viudas águilas seguida  
 Al alcázar llamó del poderoso;  
 Del pórtico al dintel fué detenida  
 Por un brazo invisible y vigoroso,  
 Porque el cielo temió, que en tu demencia ;  
 Fueses á conquistar la Omnipotencia!

¡Mortaja del coloso de la guerra

Tú sola fuiste, Albion, del mar señora!  
 ¿Por qué?... Porque un pedazo de tu tierra  
 Fué á pedirte el coloso en mala hora...  
 ; Y le diste un peñasco !... En él se encierra  
 Tu más horrenda página, ¡traidora!  
 Allí arrastra un espectro sus crespones  
 Y te cubre de eternas maldiciones.

VII.

¡Postrado ya el leon, lo encadenaste!  
 Y de lejos oyendo su rugido,  
 ; ; Tú, del mar la señora, tú... temblaste !!  
 Por el puñal de la traicion herido  
 Cayó á tus piés... ; Entónces respiraste,  
 Vencedora alevosa del rendido !...  
 El Océano mismo no podría  
 Borrarr ese padron de cobardía...

VIII.

Tú no eres tan culpable... ¿Dónde estaba  
La poderosa Francia, la temida?  
¿Por qué no le salvo? ¿Le contemplaba  
Desde la alpina cumbre sonreida!...  
¿Y él que la hizo tan grande!... Ella danzaba  
Sobre sus mil trofeos... y la vida  
Del *Heroe-Dios*, volcan ya moribundo,  
Lenta espiraba allá en el mar profundo...

IX.

¿Eso es la gloria!... ¡Napoleon! ¡Bolívar!  
Génios resplandecientes cual cometas,  
Una copa de flores y de almíbar  
La diosa os presentó, grandes atletas;  
Pero en el fondo, emponzoñado acíbar  
El destino guardaba... y anchas grietas  
Abriendo en vuestro senó, los pesares  
Os ahogaron á orillas de los mares.

X.

¿Eso es la gloria!... El génio armipotente,  
La homérica deidad de las batallas,  
Tú, Bonaparte, sol en Occidente,  
Tumba entre rocas maldecidas hallas  
En medio de los mares... Y esa frente  
Que dasafió mil nubes de metrallas,

Sólo Bertrand, el bravo granadero  
La sostuvo en el trance postrimero.

SUSPIROS DEL ARPA.

Perezca el día en que nací,  
y la noche en que se dijo:  
Concebido ha sido un hombre!..  
Job.

¿Génio de las tristezas!... dulce amigo,  
Que en tu copa de negra adormidera  
Recogiste la lágrima primera  
Que convertida en sangre derramé.  
Ven y llora conmigo; ven y cubre  
Con tus alas pacíficas mi frente...  
¿Oh! ¿por piedad! perdon... si yo indolente  
La lira que me distes olvidé...

Yo te adoraba como adora el niño  
Su religion primera... mas el mundo  
La voz ahogó de mi dolor profundo  
Con el ronco estallido de su voz.

Yo te adoraba como adore el alma  
Su amor primero, su ilusion primera;  
Como adoraba el mártir en la hoguera  
La imágen invisible de su Dios.

¿Ven!... estoy triste... Tiéndeme los brazos  
Y sosten mi cabeza enloquecida

Y el resto de la historia de mi vida,  
Desde que adios te dije, lo sabrás.

Oye : ví una mujer cuyos hechizos  
El mismo Dios alegre contemplaba ;  
Ella como á ese Dios me idolatraba,  
Y yo la amé, cual no se amó jamás.

¡ Oh ! ; si la vieras tú !.. Si aquella boca,  
Urna en que un beso del amor no cabe,  
Te perfumara con su aliento suave,  
Esencia voluptuosa de su amor :

Tú mismo, loco, sonriendo, alegre,  
De tu negro pesar te olvidarías  
Y en santas y celestes alegrías  
Se cambiara tu lúgubre dolor.

Y esa mujer ¿ lo escuchas ? ; ya no es mía !  
Su cadena de amor eran mis brazos ;  
Pero el infierno destrozó los lazos  
De aquella dulce dicha que envidió.

¡ Maldición ! ; Ya no es mía ! ; La he perdido !  
Viudo mi corazón en vano llora...  
Huyó con sus crepúsculos la aurora  
Y todo en negra oscuridad quedó.

Al mar de luz en que nadaba el alma,  
Sucede un mar de llantos y tiniebla  
Y el cielo entero de mi amor lo puebla  
Nube siniestra de infernal color...

Ya no se escucha en mi encantada selva  
De su paloma lánguida el arrullo...  
La brisa allí no tiene ya murmullo,  
Ni suspiros las hojas ni rumor...

¡ Génio de las tristezas ! dulce amigo,

Que mi primer suspiro recibiste,  
Ven y llora conmigo que estoy triste,  
Conmigo abandonado de mi Dios...

Ven, dulce compañero, hermano mio,  
Estréchame á tu seno cariñoso,  
Confunde con el tuyo mi sollozo,  
Confunde tus adioses con mi adios...

Adios, ¡ hermosa ! religion querida,  
¡ Reliquia Santa de mi amor profundo ?  
Si hoy nos separa enfurecido el mundo,  
Mañana el cielo á uniros volverá ;

Porque el amor que vive en nuestras almas  
Es un gran eco del amor del cielo  
Y ese gran eco emprenderá su vuelo  
Y al gran concierto pronto se unirá.

A Dios, ¡ hermosa !... el arpa vacilante  
Rueda á mis piés en lágrimas bañada ;  
Y agonizante el alma, desolada,  
Solo puede pedirte compasion...

.....  
No me maldigas tú, mujer querida,  
De mi amor y mis llantos heredera,  
Y á quien doy en ofrenda postrimera  
Un suspiro... una lágrima... ¡ un adios !

#### LA FLOR DE MAYO.

Flor voluptuosa de la agreste selva,  
Del verde mayo lúbrica sonrisa,

En cuyo seno la sonora brisa  
El ámbar de otras flores va á guardar,  
Cuando tu cáliz ví tan hechicero  
Y tu vívida tinta encantadora,  
Me pareciste de la virgen Flora  
La huella leve que dejó al pasar.  
Bella cual la sonrisa de un arcángel,  
Cual los sueños de América inocente,  
Mayo, para diadema de tu frente  
En un jardín del cielo te escogió,  
Y tal vez de la noche en el silencio  
El dios de la montaña te enamora,  
Y acaso junto á ti la roja aurora  
Dulcemente dormido le encontró.

### FRANCISCO ARONDA Y PONTE.

#### POSTRER ADIOS DEL AMOR.

Alegran los jardines de la vida  
Las rosas del amor, aunque á su lado  
Yerbas crezcan de tallo envenenado,  
Que allí destilan su letal licor;  
Alégranlos un día, mas el tiempo  
Tras su cuchilla despiadada tala  
Ramas y plantas y florida gala,  
Si, amor pronuncia su postrer adios!

En vano con promesas intentamos  
En su tristeza acariciar el alma;  
En balde un más allá de paz, de calma  
Señala á nuestro afecto el corazon;  
Bien puede, en una hora de infortunio,  
Ordenarnos partir la instable suerte;  
Mandarnos alejar puede la muerte  
;De nuestro amor tras el postrer adios!  
Amable la Esperanza todavía,  
Alzando nuestro aliento comprimido,  
Inclínase á decirnos al oído:  
Aún puede renovarse nuestra union.  
Bajo ese sueño mentiroso al ménos  
El pesar distraído se aletarga,  
Ni apuramos de amor la copa amarga  
Envenenada en el postrer adios!  
Mirad, ¡ay; ese par que unió el afecto:  
Crecieron uno y otro en dulce encanto!  
Crecieron... y sus flores, entre tanto,  
Vertió sobre sus años el amor;  
Por breves días florecieron juntos  
De la franqueza en la estación primera;  
Mas pronto terminó su primavera  
Bajo el invierno del postrer adios!  
¿Por qué corre esa lágrima hasta el suelo  
Y tu rosada tez así mancilla,  
Surcando, virgen bella, esa mejilla,  
Hermana de tu seno en el color?  
;Ocioso preguntar! — Víctima fácil  
Del intenso dolor que te enajena,  
Sucumbió tu razon á la honda pena

Que hirió tu amor tras su postrer adios!

¿Quién es aquel misántropo que huye.

Del recinto y rumor de las ciudades?

Luchando entre mortales ansiedades,

Sus antros pide al bosque por mansion;

Presa allí del delirio que le mata,

Los vientos ensordece con sus ayes;

Los ecos de los montes á los valles

De amor repiten su postrer adios!...

Agita el ódio el corazón que un tiempo

De amor aprisionado en dulces lazos,

Probada, palpitante en sus abrazos,

Halagos y caricias de afección;

Frenético despecho inflama ahora

La sangre de sus venas renegrida;

Sombrió ante el desierto de su vida,

¡Mide el abismo del postrer adios!

¡Oh! ¡cuánta envidia al miserable tiene

De alma de acero, indiferente, duro,

Que si ignora el placer, de bronce un muro

Tiene en el corazón contra el dolor!

Ese con risa los tormentos burla,

Que su pecho jamás sentir podría,

Y no teme por cierto la agonía

Que amor encierra en su postrer adios!

¡Huye la juventud, decae la vida,

Aun la misma esperanza se oscurece!

El primer entusiasmo al fin perece

Y se apaga con él toda pasión!

ULTIMA LUZ.

¡Poco me resta de vida!

Las fuerzas van decayendo

Y el alma va presintiendo

La funesta despedida,

En mitad de mi carrera

Llegando al límite voy!

La luz que mirando estoy

Es quizá mi luz postrera.

Rotos del cuerpo los lazos,

Por las ondas remecido,

Me voy á quedar dormido

Cual de una madre en los brazos

Al frente mi esposa está:

¡Pobre niña, alma sencilla!

Lágrimas de su megilla

Ocultándomelas va.

¡Llora, infeliz! tu quebranto

No será el postrero, no:

Si llego á faltarte yo,

Amargo será tu llanto.

Si la vida transitoria

Se vá cual al mar un río,

Quita por piedad, Dios mio,

A mi mente la memoria!

No asalte mi pensamiento  
; Ay! la imagen de mi hija;  
Mi hora postrera no asija,  
Santo Dios, ese tormento!  
Niña que al mundo despierta  
Y que á la vida se lanza  
Hallando de la esperanza  
Cerrada, al salir, la puerta.  
; A dónde, á donde las dos  
Irán en duelo profundo  
Sin más amparo en el mundo  
Que la voluntad de Dios?  
Tú á quien los buenos adoran,  
Ten piedad de mi dolor,  
Tú que eres padre, Señor,  
El padre de los que lloran.  
Yo sufro en paz mi destino,  
Héme humilde y resignado  
Como el viajero cansado  
En la mitad del camino.  
Jamás odio ni rencor  
En mi pecho formó nido  
Mucho sufrí; estoy rendido  
Bajo el peso del dolor.  
Constante mi pena fué  
Y á la tumba vá conmigo,  
Como el perro del mendigo  
Que muere del dueño al pié.  
Hijita del alma mia,  
Tu memoria placentera  
Vaya por mi cabecera

En mi lecho de agonía.  
Para mí no tuvo gloria  
La vida, fulgor de un día,  
Mañana sin mediodía,  
Y recuerdo sin memoria.  
; Ay! si mañana mi prenda  
Sedienta á una puerta toca,  
Calmad la sed de su boca  
De mi memoria en ofrenda;  
Y si el viento del destino  
Contra mi hija se levanta,  
; Ay! arracád de su planta  
Las espinas del camino.  
Allá en orilla lejana  
Con alma pura de niño  
Me guarda tierno cariño  
Una santa y noble anciana:  
Es mi madre; ella tambien  
Por el hijo ausente llora,  
Porque la pobre me adora  
Como á su perdido bien.  
No le digais por piedad,  
Que se hijo ya no existe,  
Pues la infeliz no resiste  
Pesar tan grande á su edad.  
Madre, esposa, hija del alma,  
Pedazos de mi corazón,  
Rezad por mí; la oración  
La angustia del pecho calma.  
Al abandonar la vida  
Pienso en Dios y en ellas pienso,

Pues es mi amor tan inmenso  
Cual trisle mi despedida.

Llevo en paciencia mi cruz,  
¡ Oh ! Dios, que mi última hora  
Bañe tu luz hienhechora,  
Pues mira mi última luz.

JOSÉ H. GARCÍA DE QUEVEDO.

— — —  
¡ Á ITALIA !

ODA.

Como en la azul atmósfera,  
Desde la cumbre alpina,  
Rauda se lanza el águila  
Hasta que al sol vecina  
Un punto el vasto Océano  
Y el mundo vé á sus pies;  
Mas si flechero impávido  
Tiro mortal le asesta,  
Herida el ave ciérnese

Y luégo en alta cresta  
Ya moribunda abátese  
Rendida su altivez :

Así caíste, ¡ oh mísera !  
De la sublime cumbre;  
Y ora so el yugo férreo  
De odiosa servidumbre  
Inclinas mustia y pálida  
La ántes soberbia faz ;  
Te humillas ante el bárbaro  
Tirano que te asuela,  
Sin que haya un sér magnánimo  
Que de tu mal se duela,  
¡ Ni un campeón intrépido  
Que ose por tí lidiar !

¡ Qué ! ¡ Sólo esclavos tímidos  
Se nutren en su seno ?  
¡ La raza de los héroes  
De Munda y Trasimeno  
Ni un solo ilustre vástago  
Dejó detrás de sí ?  
Tú, pátria de los Césares,  
Camilos y Escipiones ;  
Tú, madre de los Régulos,  
Los Brutos, los Catones,  
¿ No tienes ya ni mártires  
Que osen morir por tí ?

Cuánto en el alma inspírame  
Honda piedad tu llanto !  
¡ Cuánto, oh matrona, el lúgubre  
Gemir de tu quebranto

Dolor infunde al fervido  
Ansioso corazón !  
¿ Y á quién no mueve á lástima,  
; Oh Italia ! tú amargura ?  
; Ay ! tus arroyos lípidos,  
Tus campos de verdura,  
¿ Mas qué ? .. ; tus mismas lágrimas  
Libres tampoco son !  
Raza de esclavos trémulos,  
Nación degenerada,  
De tus abuelos ínclitos  
Osa empuñar la espada !  
¿ Qué esperas ya ? — ; Levántate !  
; No más esclavitud !  
El sacrosanto lábaro  
De libertad tremola !  
¿ Hay en tus campos fértiles,  
Hay una piedra sola,  
Que no recuerde altísimas  
Memorias de virtud ?  
; Sus ! ; Al combate ! el ánimo  
No os faltará, guerreros !  
Brillen al aire fúlgidos  
Desnudos los aceros !  
Pueblo el espacio el horrído  
Bramido del cañon !  
Llene la trompa bélica  
Los ámbitos del mundo  
Y á la ardua lid arrójense,  
Con brio sin segundo  
Mil y mil dignos émulos

De Bruto y de Caton !  
Ya se oye el ronco estrépito  
De la feroz batalla ;  
Ya en ambas partes mézclanse  
La sangre y la metralla :  
; Supremo Dios ! ; ayúdales  
En la revuelta lid !  
; Sus ! mis valientes italos,  
Ilustres ciudadanos !  
La Italia sus Termópilas  
Tendrá y sus Espartanos !  
Ya so la régia púrpura  
Tiembla el tirano vil !  
Y si al romper impávidos  
Nuestra servil coyunda  
Morís, nunca del héroe  
La sangre fué infecunda ;  
Que es el morir dulcísimo  
Por patria y libertad !  
Sabed nuevos Leónidas  
Morir con frente altiva !  
; Dará á los sacros túmulos  
Honor la siempreviva  
Y al llanto de las vírgenes  
El tauro crecerá !  
Mas ; ay ! el estro olimpico  
El luego sacrosanto  
Del génio sumo fáltame  
A tan sublime canto ;  
Pobre mi lira y rústica,  
Mi acento débiles...

¿Qué importa? El fuego eléctrico  
Que abrasa mis entrañas  
En manantial clarísimo  
De insólitas hazañas  
Para ese pueblo indómito  
Se trocará tal vez!

Tal vez la humilde cítara  
Indigna de memoria,  
Mejor entone el épico  
Cantar de la victoria.

¡Tal vez el eco escúchese  
En la remota edad!  
Y si su gloria efímera  
Con el cantar perece

¿Qué importa? Al vate bástale,  
Como á la flor que crece  
El sol, el aura plácida  
De amor y de amistad.

¡Sus! mis valientes itálos,  
¡Sus! al feroz combate!  
Responda al rudo cántico  
Del extranjero vate,

Responda el grito altisono  
De libertad y honor!  
Y cuando la voráGINE  
Del tiempo en lo futuro

Con mi cadáver lívido  
Trague mi nombre oscuro  
Sólo una amiga lágrima  
Os pedirá el cantor.

A LA LIBERTAD.

ODA.

No armada del puñal de la venganza,  
Ni teñida la veste en sangre impura,  
Tal como la forjó vuestra locura

O torpe iniquidad;

Plácida cual la luz de la esperanza,  
Con la paz y el perdon sobre su frente,  
Blanda la faz, benigno el continente:

¡Tal es la libertad!

Hija de Dios, de su bondad esencia;  
Don el mas alto de su amor divino,  
Acaso en el mundano torbellino

Al hombre se ocultó;

Negra ambicion, estúpida demencia,  
El temor de los buenos, la osadía  
De un tirano, el furor de la anarquía

Tal vez la encadenó...

Más no puede morir: lozana, fuerte,  
Crece encorvada bajo el férreo yugo,  
Ni el hacha enrojecida del verdugo

Enerva su virtud!

Del seno tenebrosa de la muerte,  
Insultada tal vez, jamás vencida,

Cual su padre inmortal, torna á la vida  
Con nueva juventud!  
Poco son á humillarla los tiranos;  
Que el mundo vé y conoce sus derechos:  
La oprimen; ay! con sus bastardos hechos

Mil émulos y mil;  
Que do el disfraz de nobles ciudadanos,  
En su nombre inmortal alzan pendones  
Y hacen servir los pueblos y naciones  
A su torpeza vil!

Vosotros sois, apóstoles fingidos,  
Vosotros embusteros renegados,  
Vosotros, sí, los pérfidos soldados  
Del crimen y el error.

No ha menester la libertad, bandidos,  
Del estruendo y rencor del fiero Marte:  
Símbolo del perdón es su estandarte,  
Su blando imperio amor!

Y lidia, sí; — pero en leal palestra;  
Atacada, jamás provocadora;  
Siempre grande en la lid, nunca opresora;  
Que es númen celestial;

Y nunca armó su prepotente diestra  
El ódio, ni el temor, ni la venganza;  
Jamás para vencer urdió asechanza  
Ni usó traidor puñal!

¡Pueblos! No es el rencor, ni la codicia,  
Ni la torpe ambición, ni la impía guerra  
Los símbolos que anuncien á la tierra  
Que ya lució su edad:  
Si veis orden y paz, amor, justicia,

Adunados reinar en grata calma,  
Alzad entónces al Criador el alma:  
¡Esa es la libertad!

FRANCISCO G. PARDO.

EL NAZARENO.

Eh! Eh! Iamma  
sabacthani.

EL CRISTO.

Mártir sublime! espíritu fecundo! ¡aliento  
Dios y hombre! hombre y Dios! de tu alma  
Que inflama en luz los ámbitos del mundo,  
Fecundiza mi ser; presta á mi acento  
Tu fé suprema, tu dolor profundo,  
Tus suspiros del Gólgota sangriento,  
Cuando al influjo de tu amor divino  
Cumplió la humanidad su alto destino!

Sólo á tí acudo; la olvidada lira  
Que ecos profanos levantó sonora,  
El himno hoy alza que tu fé me inspira,  
Y al rayo fugitivo de la aurora,  
Al último fulgor del sol que espira  
Tras las colinas que su disco dora,  
Abjuraré el error; la audacia vana